

D. FORT. Tiene vd. razon; y pues al fin simpatizamos, y parece que nos entendemos perfectamente, quiero confiarle á vd. un ensayo que he comenzado para probar mis fuerzas: si le encuentra vd. algun mérito, oprovéchelo.

D. SEV. Véamos, véamos.

D. FORT. Helo aquí; escuche vd. con indulgencia:

EL ESCRIBIENTE.—Este animal debe considerarse desde tres puntos de vista. En su oficina, en su vida privada y en las brillantes y variadas metamorfosis que en nuestra patria privilegiada presenta su abundante especie.

El *Escribiente* detrás de su escritorio, es un calígrafo y aritmético que á proporcion que mas trabaja, cosecha mas ruines honorarios: inseguro en su posicion y obligado á vestir con decencia, pasa en un mismo dia con una calma envidiable, del bufete de un abogado al mostrador de un tendero, de una oficina pública al humilde banquillo de un evangelista. Pero en cambio no necesita otra herramienta que un cortaplumas; y esta ventaja no es despreciable en el siglo presente, cuando para ejercer cualquiera profesion se requiere un enorme capital; de tal suerte que aun los mendigos ya necesitan en muchas partes, por lo menos un instrumento de música para mover la caridad de los cristianos. El *Escribiente* tiene el privilegio, como calígrafo, de no saber nunca ortografía, y de ocuparse, como aritmético, en buscar la cuadratura del círculo, cuando en sus horas de ocio aplica sus conocimientos á investigaciones trascendentales. El *Escribiente*, despues de algunos años de práctica, es una enciclopedia: aprende con los curiales á ser tinterillo; con los químicos á usar el ácido oxálico para borrar lo escrito; con los poetas, á formar acrósticos y baladas; con los negociantes, las especulaciones y la gerigonza de la usura; con los periodistas la verbosidad; con los predicadores la pedantería; y en ninguna parte la lógica, y mucho menos el buen gusto.

El *Escribiente* no debe casarse nunca, so pena de degenerar. ¿Cómo podria con sus mesquinos recursos asegurar la subsistencia de una familia? Por lo mismo, el *Escribiente* concienzudo cuando por su desgracia es casado, si se propone ser fiel á su bandera, tarde ó temprano tiene que apelar al divorcio, ó buscar por lo menos un *socio capitalista*. Pero estos pormenores pertenecen al tipo de los buenos maridos; ocupémonos nosotros del *escribiente soltero*. Este pajarraco vive donde puede, y regularmente en las grandes casas de vecindad, en esos grandes almacenes de nuestras loretas y grisetas; en esos refugios de pecadores; en esos panoramas de las debilidades y miserias humanas; en esos conservatorios de nuestras antiguas costumbres; por último, en esas colonias de aventureros, que hablando diversas lenguas, y teniendo tal vez encontradas pretensiones, reconocen, sin em-

bargo, la suprema autoridad de una vieja casera. El *Escribiente* en una casa de vecindad disfruta como un sibarita y á poca costa, de toda clase de placeres; se introduce como puede, y siempre sin dificultad, en una *vivienda*: en una sola noche de tertulia se hace de confianza. Cuatro patos, un bote de sardinas, seis botellas de cerveza, un queso y un número indefinido de cuartillos de pulque, le bastan para improvisar un banquete. Dispuestos los manteles, si los hay, manda diversas diputaciones para convidar á las vecinas de formas protuberantes y de rostro alegre, y trasformado en sultan de un bonito serallo, escoje á la medida de su deseo, y por supuesto entre las mas hermosas, una favorita; desde ese momento espresa su amorosa pasion mas bien con hechos que con palabras. ¿Quién puede resistir al prestigio que lo rodea? Es un pródigo! cada ocho dias por lo menos promueve semejantes diversiones: es de mucho talento; ¡hace versos! es muy amable; y si no díganlo sus convites donde todo el mundo se embriaga bebiendo en la misma copa, y es ley de la mesa que cada convidado haga lo que se le antoje. . . .! Fascinada por tantas seducciones la feliz escojida, sea cual fuere su virtud y sus pretensiones, acaba, si no es estéril, por dar un sucesor al *escribiente*, el cual con anticipación se ha proporcionado otra sultana favorita. El *Escribiente* concurre á los cafés, pero casi siempre por amor al café, y no por leer periódicos, ni por jugar al dominó, ni por hablar de política, si no es que ya se encuentre en el invierno de la vida.

La madre naturaleza ha querido que el leon, el águila, el hombre, el caballo, en fin, los animales mas nobles, no disfruten de otro progreso, que aquel tan rápido que se verifica al pasar de la niñez á la juventud, y de la juventud á la edad madura; pero en cambio ha reservado las brillantes trasformaciones para los insectos. En México es un defecto, es un crimen estudiar, y con razon, pues basta saber leer y escribir para alcanzar sin otros títulos los altos puestos; y con este motivo observaremos que aunque todos los *escribientes* son unos, hay sin embargo algunas colocaciones que facilitan admirablemente los mas codiciados ascensos.

—En los artículos de costumbres sienta bien la erudicion; yo quiero parecer instruido como cualesquiera hijo de vecino. Ignoro la historia de los *escribientes*, pero me dicen que en su origen se confunde con la de los *escribanos*. Siendo esto así, vea vd. en donde acomoda las siguientes noticias, que no dejan de ser curiosas.

En Roma se llamaban *escribas*, porque *escribian*; *logógrafos* por que *escribian*; *notarios*, porque *escribian*; *tabeliones*, porque *escri-*

bian; y actuarios y cartularios, todo porque escribían. Resulta de esto que sea cual fuere su nombre, el escribiente ha nacido para escribir; y así dijo bien el que lo llamó oficial de pluma: sin duda para no equivocarle con el hombre de Platon que era un animal en dos piés y sin plumas. Obsérvese que los escribientes se sirven del baston como de un tercer pié, pues en ellos es ley muy respetada no dar paso sin apoyarlo en el suelo; y esta regla solamente tiene una escepcion, á saber: cuando el escribiente llega al escritorio distraido con la lectura de un papel, y con el baston bajo del brazo, es porque la fortuna le ha sonreido, y se presenta á despedirse de su patron y á anunciarle su brillante metamorfosis. Entonces deja de llamarse escriba, argentario, tabulario, notario, amanuense, y solo por recuerdo de su profesion, se lleva el cortaplumas de la persona que lo ocupa. Un escribiente que mejora su situacion, comienza á mostrar su lujo por los anteojos.

¿Qué le parece á vd. mi articulejo?

D. SEV. ¡Admirable! y por epílogo quiero ponerle una observacion que se ha escapado al ingenio prodigioso, y á la profunda experiencia de vd. ¿No recuerda vd. haber visto alguna vez que una persona acaba por ser *Escribiente* de su *Escribiente*? Esta es una rareza digna de ser notada en el capítulo de las transformaciones del insecto que describimos.

D. FORT. Tiene vd. razon; y con este motivo recuerdo, entre otros muchos ejemplos, que si mi coronel viviera, tal vez tendria la necesidad de ser mi amanuense para asegurar su subsistencia.

D. SEV. ¡Es sorprendente el acierto que vd. tiene en sus conjeturas! En efecto, su famoso coronel de vd. vive y es su escribiente; y á esto cabalmente aludia yo en mis últimas palabras.

D. FORT. ¿Será posible? ¡vd. se burla! ¡Acaso es vd. mi coronel! ¿Es vd. una realidad ó una aparicion...?

D. SEV. Poco importa que yo sea una alma en pena ó un hombre viviente; pero el caso es que yo soy el mismo coronel D. Severo Correa, que hizo vd. tuerto y cojo con dos traidores balazos; que dejó vd. sin novia y sin dinero, y que ahora se le presenta sediento de venganza!

D. FORT. Tenga vd. piedad mí...! sea vd. generoso! Si es vd. alma en pena, estoy dispuesto á firmarle un pagaré, valor de mil misas y otros tantos responsos, y si conserva vd. todavía la mísera existencia llévese vd. á su antigua novia, Dolores de la Villa, y recobre vd. su dinero.

D. SEV. Quiero arruinarle y reducirle de nuevo á la humilde esfera de escribiente.

D. FORT. ¡Arruinarme vd...! pero no impida mi enlace con la hermosa Julia mi vecina, ni me descubra vd. con la opulenta y caprichosa tia...!

D. SEV. Julia no será tuya, y mucho será que la tia te reciba de escribiente.

D. FORT. Me conformo con que me deje vd. ese recurso, pues no seré el primer escribiente que se case con su patrona.

D. SEV. Hola! abrigas esas reprobadas intenciones? La cárcel será tu paradero.

D. FORT. Basta de un indigno sufrimiento! yo no creo en las almas en pena, y si es vd. hombre como yo ¿cuál es su poder para amenazarme con mi ruina? Miserable escribiente! ¿podrá vd. medirse con un capitalista? Salga vd. sin demora de mi casa.

D. SEV. Infortunado Fortunato, asómate á esta ventana: ¿qué miras? ¡Callas sorprendido y aterrado! Esas sombras no son las figuritas caprichosas que dibujabas sobre mi escritorio; esos que contemplas amarrados no son albures, sino los mismos jugadores! ¿Reconoces tu caja? con ella me he apoderado de todas tus riquezas? Dolores de la Villa se presenta; con su traje de baile se mira conducida á una prision.

D. FORT. ¡Estoy perdido! reconozco los agentes de la policia... pero Julia me adora y su tia me admira. Miserable denunciante, tú has podido perseguirme como jugador, pero seré invulnerable como novio.

D. SEV. El padre de tu pretensa te detesta.

D. FORT. Mientes! ¿Conoces su firma? mira esta carta á su hermana, aprobando mi matrimonio.

D. SEV. Has acabado como muchos escribientes, por falsificador de firmas; pero... terminemos la farza. Yo soy el coronel tu enemigo, que escapé milagrosamente de la muerte; yo he cambiado de nombre por lograr sorprenderte algun dia como lo he conseguido, y he residido muchos años en Europa; yo soy el padre de Julia, y soy el gobernador de este departamento.

D. FORT. Perdonará vd., no lo dudo, á la madre de su hija y por consecuencia á su cómplice, y respetando los votos de un tierno amor, me recibirá vd. en su familia.

D. SEV. Tú deliras. Reservo á Julia para esposo mas digno, y en cuanto á vdes. los criminales, esperen mi indulgencia si santifican con la union sacerdotal sus reprobadas relaciones.

D. FORT. Pero atienda vd., señor, que para legitimar á su hija...

D. SEV. No pido consejos. ¿Te casas con Dolores?

D. FORT. Me caso. . . . pero qué suerte me espera?
D. SEV. Tú lo has dicho; la de un escribiente degenerado que no
puede establecer su serraillo en las casas de vecindad.
D. FORT. Confíeme vd. por lo menos su caja.
D. SEV. Seate bastante recobrar las dos onzas con que acabas de
obsequiarme, y las cuales pueden servirte para los gastos de
boda.

México, Mayo de 1855.

